

## ¡Entre Memoria y Profecía!

Yosief Woldemichael ZERACRISTOS, C.M.

### Breve introducción:

Es justo dar gracias a Dios, principio y cumplimiento de toda nuestra existencia e historia personal y comunitaria. Quien no da gracias por lo poco, nunca dará gracias por lo mucho, porque la gratitud es «la memoria del corazón». Además, la gratitud es una virtud que trae consigo la alegría, la serenidad y la risa en nuestras vidas y en las vidas de los que nos rodean, además de ser una clara señal de nuestra madurez humana y espiritual. Estoy totalmente convencido de que sólo las personas maduras y responsables saben cómo decir «gracias», gracias por todo, gracias siempre por estar allí. «Gracias es un abrazo convertido en palabras», dice un autor anónimo. Debido a que la palabra «gracias» es la mejor oración que cualquiera puede decir. Gracias expresa una extrema gratitud, humildad y comprensión. Sí, la gratitud es la virtud de un corazón que canta la misericordia de Dios. Si no somos capaces de decir «gracias» en nuestra vida, demostramos ser más que superficiales reduciéndonos a charlas inútiles e infructuosas. Por lo tanto, digamos siempre gracias en nuestra vida porque, después de todo, Dios es el Señor y guía de nuestra vida y existencia.

Todos sabemos que nuestras Asambleas, Provinciales o Generales, son un acontecimiento eclesial. Nos reunimos como Iglesia y en la Iglesia. Es un evento que pertenece a la vida de la Iglesia. Y como dice San Ireneo, «donde está la Iglesia está el Espíritu Santo». Así, a pesar y más allá de todas las limitaciones y fragilidades humanas que llevamos inevitablemente con nosotros, nuestras asambleas son guiadas por el Espíritu Santo. Yo diría que son el tiempo fuerte del Espíritu Santo en la vida de la Congregación de la Misión. Si se pierde de vista esto, los factores humanos y nuestras debilidades nos pueden llevar a la decepción, a la frustración, y a la falta de sentido de la vida comunitaria. Debido a que «sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo permanece

en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia es simplemente una organización, la autoridad es sólo poder, la misión es propaganda, la adoración es sólo un buen recuerdo, la acción cristiana una moral de esclavos», como lo diría el Patriarca Atenagoras I.

La acción del Espíritu es impredecible debido a que “el Espíritu sopla donde quiere” (Jn 3,8). El espíritu no utiliza nuestros criterios y parámetros, y no hace cálculos como con frecuencia nosotros lo hacemos. Lo experimentamos durante este último encuentro. Quien había llegado a Chicago con los programas y cálculos humanos y prejuicios previos, salió derrotado, decepcionado y frustrado: ¡El Espíritu sopla donde quiere! Los cristianos sabemos que el Espíritu Santo pasa a través de las puertas cerradas y revive la esperanza. El Espíritu Santo elimina la gran piedra que aplasta al Justo y lo resucita. Sí, ese mismo Espíritu estaba con nosotros y en nosotros, como representantes de toda la Congregación y ha inspirado nuestras acciones y decisiones a pesar de nuestras limitaciones humanas siempre presentes.

Ciertamente, nuestras imperfecciones y nuestras limitaciones pesan. Son una carga de la que no nos podemos liberar. Nuestra vida es imperfecta, nuestras comunidades son imperfectas, nuestras relaciones están llenas de problemas. Nuestra Congregación no es nunca como nos gustaría. Sin embargo, en nuestro ser imperfecto, hay espacio para el descubrimiento, para el cambio, y sobre todo para un camino común. Ser perfecto significa acabado, terminado. A lo que es ya terminado, nada le falta, está cerrado y quieto. La perfección hace caso omiso de cualquier posibilidad de cambio. Es más bien la imperfección la que da la oportunidad a los sueños, a la curiosidad por el mundo que, precisamente porque es imperfecto, comporta un impulso hacia la renovación histórica. Santo Tomás de Aquino dijo que ¡conocemos y amamos imperfectamente! Es cierto. La imperfección, sin embargo, alimenta el deseo y abre a la maravilla del milagro incompleto que somos nosotros, nuestras provincias y nuestras comunidades locales. «Hay una grieta en todo, y por ahí es por donde entra la luz», dice Leonard Cohen, un compositor canadiense. Nuestras Asambleas Generales están tratando de aprovechar la luz que se eleva desde nuestras grietas y con esta luz iluminar nuestro futuro, proponiendo líneas de acción y planes operativos capaces de guiar proféticamente la historia de la Congregación de Misión en los próximos seis años.

## **a) PRIMERA SEMANA: ¡HACER MEMORIA DEL CARISMA Y VIVIRLO!**

Durante la primera semana esta asamblea trató de responder a las siguientes preguntas: ¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Cuál es nuestra verdadera identidad hoy en la Iglesia y en la sociedad? Las respuestas a estas preguntas se encuentran dispersas en el Documento Final. La Asamblea trató de hacer una evaluación de su vida, de sus obras, de sus convicciones para identificar sus fortalezas y debilidades. Y al final, continuando con el tema de la Asamblea anterior (julio de 2010), termina por renovar su actualidad histórica y su solidaridad con los pobres. Quiero hacer hincapié en que el clima general de esta Asamblea era tranquilo y sereno.

La Familia Vicenciana se encuentra ahora en el umbral de su 400 aniversario de nacimiento del carisma. La memoria que hacemos de nuestro Carisma, sin embargo, no es una narración de los acontecimientos que se produjeron ya en 1617, sino nuestro reconocimiento de la experiencia fundamental y fundacional de nuestra verdadera identidad en la Iglesia de entonces como en la de hoy. Sí, nuestra inserción existencial es la dinámica de una flor que nace en la Iglesia, precisamente nuestro carisma que todavía está vivo y es fructífero. Somos el fruto de la flor que nació en 1617. No es un recuerdo del pasado, sino una celebración de agradecimiento en el presente, porque en nosotros y con nosotros el carisma sigue vivo; la llama inicial ha desafiado el tiempo y después de cuatro siglos el aceite de la llama no se agota, de hecho, todavía está ardiendo. ¿Cómo no dar gracias al Señor por todo esto? Dios quiso que a través de nosotros, miembros de la Familia Vicenciana, el carisma puesto en manos de Vicente siguiera vivo y vivificante.

Nuestras Asambleas tienen una gran responsabilidad: tender un puente en la historia. La principal tarea y la responsabilidad última de la Asamblea General, la autoridad suprema de la Congregación de la Misión, no es sólo elegir al Superior general, sino que guarda celosamente su Carisma (purificándolo con un discernimiento en común) y lo transmite fielmente a las generaciones futuras. Esta es la responsabilidad histórica de cada Asamblea General de la Congregación. La Asamblea General está llamada a ser el “puente” de transición en la historia de la familia. Está llamada a conquistar

una auto-conciencia que la ayude a vivir su propia identidad en la Iglesia de hoy para servir a los más pobres con renovada fidelidad. Los objetivos de nuestras Asambleas, por lo tanto, van siempre más allá de las fuerzas y recursos de nuestra Congregación, pero tenemos que tener nuestra mirada dirigida en alto.

Hay que mantener la mirada fija siempre en alto, ya que, por desgracia, los hombres tienen un gran defecto: tener una memoria corta. Olvidamos fácilmente muchas cosas. La Biblia, conoce nuestro límite y nos lo recuerda: *«Que no se te olviden las cosas que tus ojos han visto, no se escapen de tu corazón en todos los días de tu vida; las enseñarás a tus hijos y a los hijos de tus hijos»* (Dt. 4,9). La Congregación de la Misión ha desafiado el tiempo por cuatro siglos porque no ha olvidado la ternura, el amor indulgente, y la misericordia de Dios. Y es por eso, que la luz encendida en la Iglesia hace cuatro siglos todavía sigue viva. El papel de las Asambleas en la transmisión fiel de nuestro carisma es decisivo.

La primera semana de nuestra Asamblea se dedicó a la memoria del propio carisma, entendida en el sentido bíblico y teológico. «Recordar» no significa referirnos a la historia como si viéramos el pasado con nostalgia, sino que lo tomamos en el sentido bíblico y teológico: *“Si mi padre todavía estuviera en Egipto, yo sería un esclavo..., privado de libertad y de dignidad. Dios me ha liberado y me hizo pasar de la esclavitud a la libertad; desde un país extranjero a la tierra que mana leche y miel...”* (Gamaliel, explicando la celebración de la Pascua hebrea). En este sentido, nuestra Asamblea hace memoria de su carisma y dice con agradecimiento: esta celebración no es un mero recuerdo de los acontecimientos que tuvieron lugar en 1617, sino también que de esa experiencia somos la llama que se encuentra todavía en la vida y en el ministerio de la Familia Vicenciana. La Asamblea lo dijo de diferentes maneras y en diferentes etapas.

La 42ª Asamblea General para asegurar la continuidad y el legado de la 41ª asamblea, celebrada en París en julio de 2010, se ha interrogado en varias ocasiones sobre la fidelidad creativa de la Congregación de la Misión y las cinco líneas de acción señaladas por la misma para implementar esta fidelidad creativa. A propósito de esta memoria a la fidelidad creativa en el seno de la Congregación de la Misión, algunas provincias han compartido sus experiencias; y especialmente el informe más esperado el del Superior General que presentó una visión global

de las realizaciones o de las omisiones con respecto a la Asamblea de 2010. La Asamblea, sobre la base de estas experiencias, evaluó el progreso realizado por la Congregación de la Misión en la Iglesia y en la sociedad en los últimos seis años. Por desgracia, la primera semana, además de la memoria histórica del carisma, se enfrentaron otros asuntos de tipo práctico y burocrático absolutamente inevitables, que sin embargo, roban mucho tiempo a la noble tarea y deber de desarrollar el tema elegido por la Asamblea.

El «*status quo*» de la Congregación de la Misión presentado por el Superior General, se centraba sólo en dos temas: el tema de la solidaridad y las misiones internacionales. Esta elección descuidaba la visión de conjunto o el marco general de las experiencias concretas de la Congregación de la Misión. En realidad, dijo poco o nada acerca de los desafíos que se deberían enfrentar; las oportunidades que deben ser promovidas; sus capacidades creativas para continuar y proponer modos para hacer vivo y vivificante nuestro carisma. En mi opinión, se olvidó una cosa muy importante: nuestras Asambleas Generales son a la vez las asambleas de todas nuestras Provincias y Viceprovincias para hacer un balance de su situación actual; compartir la experiencia de su carisma común y el testimonio dado en su Iglesia y en la sociedad; para evaluar en conjunto la salud y la enfermedad de sus provincias y comunidades locales; la creatividad o el sufrimiento, la fidelidad o la traición del ministerio de las mismas. Todo esto no podía y no se debía dejar de lado porque la vida de nuestras provincias, es tan importante y urgente, que no puede reducirse a la solidaridad entre nuestras provincias y misiones internacionales, y que había que evaluar, no tanto su cantidad sino su calidad y el legado que están dejando.

En resumen: quizás fue debido a la nueva metodología no bien aprendida y seguida, la primera semana no hizo un buen acoplamiento con el tema principal de la reunión de 2010. Faltando a una clara indicación de la autoridad competente sobre la valoración de nuestros desafíos y oportunidades de hoy, no se pudo contemplar la situación del carisma para relanzarlo de nuevo. Esta falta de enfoque en el tema principal de la Asamblea y la variedad de temas, no fácilmente conciliables, desdibujó la posibilidad y la capacidad de esta Asamblea de hacer memoria de nuestro carisma para renovar su fidelidad histórica. Esto será la tarea de la comisión de redacción, que creo, salvó la asamblea llenando sus lagunas.

## b) SEGUNDA SEMANA: ¡NUESTRO «HOY» HISTÓRICO Y RESPONSABLE!

«¿Quién queremos ser hoy?»; esta Asamblea, al igual, que las anteriores, tuvo que responder a esta pregunta fundamental. En el contexto de un mundo diversificado, ¿cómo queremos vivir y expresar nuestro carisma? ¿Cuáles son los ministerios que hacen brillar en el mundo, la Congregación de la Misión y su identidad en la iglesia? No sólo eso, ¿«quién de nosotros» puede ayudar a la Congregación a ser lo que debe ser en la Iglesia? Esta última cuestión está estrechamente vinculada a las preguntas precedentes. La segunda semana fue una semana de verdadero discernimiento durante la cual nos miramos el uno al otro. ¿Por qué? Para discernir quién de nosotros puede, con su vida y su testimonio, «animar a los miembros de la Congregación de la Misión a soñar más, aprender más, hacer más», y al mismo tiempo, «ser un signo de unidad creíble de la Congregación de la Misión Internacional». El liderazgo que más importa es la capacidad de traducir la visión de la Asamblea en una realidad. Cualquier Asamblea General busca líderes que, por una parte deben ser «prácticos y realistas», por la otra, «deben hablar un lenguaje de visionarios e idealistas». Para ello, los superiores deben ser artistas, porque ser superior «es el arte de las artes» (SV). Es importante en este arte tener fija la mirada en la imagen del Buen Pastor (Jn 10, 1-21). No sólo como artistas, los superiores deben ser capaces de ver lo invisible y ser vigilantes. En todo esto, la cualidad fundamental para un superior es la «virtud de la prudencia» que estará acompañada por la sabiduría, sembrará la esperanza en un mundo que «*siembra vientos y recoge tempestades*», Oseas 8,7.

La pregunta fundamental de la segunda semana es: «¿Quién de nosotros puede ayudar más y mejor a la Congregación hoy?». Para responder a esta pregunta, la Asamblea General, se pone de rodillas para orar; es un discernimiento común y privado, y se discute en varios niveles, en grupos lingüísticos y continentales. ¿Por qué? Desde luego, no para hacer campaña por alguien o una política electiva que no ayuda a nadie, sino para discernir la voluntad de Dios para nuestra Congregación. Es obvio que la Asamblea tenía que arrodillarse y rezar porque nadie podía proyectarla en las pizarras y mucho menos se podía encontrar escrita en los carteles, expuestos durante las sesiones. La voluntad de Dios viene a través de la experiencia de la cruz y la cruz,

por su naturaleza, es dolorosa y decepcionante. Nuestros superiores son el resultado de días de oración y discernimiento hecho en varios niveles. Pero todo esto es sólo una preparación para que el Espíritu Santo actúe en nosotros, con nosotros y por nosotros. El producto final, es decir, la elección final no es de la Asamblea, sino del Espíritu Santo. Es Él quien elige y no la Asamblea. Y lo que el Espíritu Santo hace es siempre lo mejor. Ante la presencia activa del Espíritu Santo, los cálculos humanos, intrigas y parámetros puramente humanos no tienen sustancia y son pasados por alto y dejados de lado. En este sentido, la voluntad de Dios debe ser vista no en el proceso, sino en el producto final, en la elección definitiva de las personas. El proceso para discernir la voluntad de Dios, humanamente hablando, puede ser mal hecho y puede dejar cierta insatisfacción, porque puede haber personas que intentan robar nuestro futuro. Gracias a Dios, todo esto no sucedió. Ciertamente, somos hijos de nuestro tiempo, de nuestra sociedad, de la mentalidad dominante en nuestro siglo. Pero Pablo nos advierte, diciendo: «No os conforméis a la mentalidad del mundo» (Romanos 12, 2). Seguir la mentalidad del mundo es siempre un riesgo que permanece en nuestro horizonte y es un reto constante para todos.

En resumen: Si el trabajo principal, la mayor preocupación de la primera semana era responder a las siguientes preguntas: ¿quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Estamos caminando todos en la misma dirección? La segunda semana se había concentrado en responder a ¿quién nos puede acompañar en este viaje no fácil? Y creo que la Asamblea, inspirada y guiada por el Espíritu Santo, ha dado las respuestas apropiadas.

**c) TERCERA SEMANA: ¡VIVIR LA ESPERANZA PROFÉTICA!**

Una de las tareas principales de la Asamblea es sacudir la conciencia de sus miembros y decir: ¡Despierta, tú que duermes! (Ef. 5,14). Y lo hace de diferentes maneras. Como máxima autoridad de la Congregación de la Misión, la Asamblea General, tiene el deber y la responsabilidad de apuntar en alto y proyectar proféticamente sus miembros hacia un futuro lleno de esperanza. Si falta la dimensión profética en nuestras asambleas, nuestra misión se reduce a la «supervivencia». Pero estamos llamados a proyectar y promover nuestro carisma y prosperar. Para prosperar necesitamos pasión, compasión, humor y estilo. Sin la

pasión y la compasión, que son como el oxígeno del alma enamorada de Cristo y de los pobres, nuestra misión no se puede cumplir ni promover. Creo que esta Asamblea fue capaz de transmitir y promover enérgicamente el carisma. «Una ardiente pasión combinada con una completa renuncia es la clave de todo éxito» (M. Gandhi).

Nuestro «mañana» es el hijo favorito de nuestro «hoy» como el hoy es el heredero de ayer. Recordemos que «el mejor profeta del futuro es el pasado», como dice Lord Byron. Lo que somos hoy en día, es decir, nuestras vidas, nuestros testimonios, nuestras aspiraciones y puntos de vista, nuestras creencias, ya sean positivas o negativas, afectan a nuestro futuro. Por eso hay que discernir cuidadosamente el tiempo presente, nuestro «hoy-histórico» con atención y cuidado. Si no estamos atentos al estilo de vida que llevamos y al testimonio de vida que damos, a nuestro trabajo en los Ministerios, a la calidad de nuestras comunidades locales, precisamente en nuestro hoy-histórico, en el sentido amplio de la palabra, no podemos abrir los horizontes de nuestro futuro. No podemos forzar la aurora de nuestro futuro. Si queremos lanzar nuestro carisma profético, debemos tener cuidado de lo que estamos sembrando hoy porque, como ha dicho con razón el profeta Oseas, quien siembra vientos cosechará tempestades (Os 8,7). Por lo tanto, el futuro de la Congregación de la Misión, en gran parte, depende de nuestra capacidad de leer los signos de los tiempos y juzgarlos con el corazón de Dios.

Los profetas, hombres de Dios, en lugar de proclamar las desventuras de un futuro desconocido, son los portavoces e intérpretes de la voluntad del Señor para su pueblo. Y como portavoz de Dios, debe ser consciente de que Dios quiere la conversión de los corazones de su pueblo. Los profetas no paran de gritar y predicar contra los que se resisten a esta conversión de la vida y del corazón. Ellos tratan de influir en la forma en que vive, actúa y se comporta moralmente su pueblo. La llamada y la misión de los profetas no son para vender palabras vacías, sino hacer una llamada a la conversión y al comportamiento moral correcto y prudente ante Dios y ante la comunidad de los elegidos. Por esto, ¡los verdaderos profetas de todos los tiempos son hombres y mujeres de bajo prestigio! Sufren las consecuencias de sus profecías. Se tornan agitados, enamorados, apasionados. Muy a menudo se enfrentan a mucha hostilidad y son maltratados. Sufriendo a causa de la misión



a ellos confiada. Sin embargo, sus fuerzas fallan, su visión puede ser borrosa, y a veces incluso pueden carecer de oxígeno para respirar, pero su misión va más allá de sus tumbas bien selladas y desafiando corazones duros y cerrados, al final el triunfo es de la justicia divina por la que han sufrido. Como de costumbre, el hombre sólo es capaz de cavar tumbas, pero Dios las abre destruyendo de una vez por todas las grandes piedras que sellan las tumbas de los justos. Esta es la historia de la resurrección.

La obra del profeta se cumple en palabras y en hechos como las dos caras de la misma moneda. Los elementos esenciales del anuncio profético: la prioridad absoluta de Dios en la vida; la afirmación de la justicia individual y social; la purificación del culto; el consuelo de las personas que sufren; el anuncio de la redención universal... Para los profetas la cuestión de la justicia es fundamental. La justicia es la balanza del espíritu de Dios, y no de los tribunales.

Sabemos que la misión del profeta es difícil, porque pretende hacer que el punto de referencia de la vida de fe y la moral de su gente sea una palabra oída en el silencio, en voz baja, captada con los oídos de la fe. Por esta razón, a menudo sufre de soledad y es perseguido. La voz divina oída en el silencio es un Evangelio, es decir, la buena nueva que pasa a través de la aflicción, el trabajo, la negación, la traición y el escándalo del siervo sufriente.

La Congregación de la Misión este año quiere renovar su vocación y misión profética. De hecho, el documento final de esta Asamblea, un documento breve, después de un breve análisis de los retos, reafirma su voluntad de volver a empezar desde Cristo: la Regla de la Misión! Su realismo profético, como hace cuatrocientos años, comienza con Cristo. Él es el centro, la Estrella del Norte, y la clave de todos los acontecimientos y eventos de nuestras vidas y nuestros ministerios. Sí, es Él quien tendrá que ajustar nuestras vidas, Él es el que da sentido y significado a nuestra misión. Sólo en Él podemos ver, amar y servir a los pobres. Al centro de nuestra misión y nuestra espiritualidad hay un real y concreto Cristo-centrismo: Jesús en los pobres y los pobres en Jesús debe ser amados, respetados y servidos. Esto es el corazón de todo. El resto es la historia de nuestras líneas de acción que queremos poner en practica según nuestras fuerzas.

## Conclusión

Termino con una cita de Søren Kierkegaard sobre la fuerza y la victoria del amor: « ¿Qué hace que un hombre sea grande, admirado por las creaturas, agradable a los ojos de Dios? Que lo hace un hombre fuerte, más fuerte que todo el mundo; ¿Qué es lo que le hace débil, más débil que un niño? ¿Qué hace fuerte un hombre más fuerte que la roca; qué lo hace inestable, más inestable que la cera blanda? Se pregunta el filósofo existencialista danés y responde: ES EL AMOR. Si el carisma heredado de Vicente de Paúl ha llegado hasta nosotros, desafiando cuatro siglos, porque San Vicente sabía cómo amar. En su testamento espiritual (en la persona de Jeanne, la última joven en entrar a las Hijas de la Caridad, imaginariamente creada en la conclusión del film «Monsieur Vincent» dice así: «Jeanne, verá usted pronto que la caridad es una carga pesada ..., todo no es dar el caldo y el pan ». A Jeanne como a todos nosotros, se nos pide servir a los pobres con “dulzura y bondad”, porque son «patrones exigentes y susceptibles»; en definitiva San Vicente da valiosos consejos sobre cómo se debe servir a los pobres: no se trata de hacer mucho por los pobres. La pregunta es: ¿cuánto amor ponemos en lo que hacemos? Entonces, como ahora, esto debe distinguirnos de los demás. La CM, al igual que las otras ramas de nuestra familia, pobre, humilde y frágil como es, ha tratado de preservar este valioso regalo y, gracias a Dios, sigue vivo en la Iglesia. Toca a nosotros continuarlo, toca a nosotros hacer que sea aún más vivo y vivificante, toca a nosotros hacer que sea visible y tangible.

Al mismo tiempo, sin embargo, reconocemos que: «tenemos este tesoro en vasos de barro» (2 Cor 4,7), que somos todos nosotros. Sin embargo, Dios no deja de amar, no deja de renovar su confianza en nosotros. Es el año de gracia, de la misericordia. Confiándonos a su merced divina, si aprendemos de San Vicente que no es hacer mucho lo que importa, sino poner mucho amor en lo que hacemos, entonces podemos ser profetas creíbles y en el umbral del 400 aniversario del nacimiento de nuestro carisma, vamos a hacer un buen puente histórico.

Traducido por: Faiver Mañosca, C.M.